

nito y me echo al público a la bolsa". No, señor Muñiz, porque si el público va a escucharlo cantar a un centro nocturno exige que cante, y si va a verlo a un teatro, en una comedia, exige que actúe usted, no que haga escarnio de los espectadores y de sus compañeros en el escenario.

Era triste ver a Carlos Lico tratar de un modo profesional y serio que el espectáculo no se fuera al foso, pero nadie podía hacer nada y el segundo *Don Juan Tenorio en charros*, fue un fracaso de quince días, como se lo merecía por el señor Muñiz.

26 de julio de 1970

EL CALAMAR

Marcela del Río, siempre inquieta, siempre en búsqueda, siempre talentosa, escribió una obra teatral sobre el presidente de Estados Unidos de América, John F. Kennedy, asesinado el 22 de noviembre de 1963 en Dallas, Texas, y convirtiéndose así en una figura casi mitológica que alcanza ya las proporciones de un semidiós. Nadie puede negar sus grandes dotes de estadista, y sobre todo, la enorme simpatía que proyectaba su figura, la cual ha prevalecido en el recuerdo más que su labor política, y su trágico fin aumentó más aún esa simpatía compasiva. Nosotros en México tuvimos hace cien años un caso semejante en la persona de Maximiliano de Habsburgo: hombre bien parecido, aureolado por un nimbo de nobleza, de ojos claros, de capa de armiño, que fue fusilado como una consecuencia inevitable de una política bien llevada. Sin embargo, su figura hermosa prevaleció en el recuerdo del aspirante a noble y todavía hoy se le guarda una compasión llena de ternura. Maximiliano y Kennedy pueden equipararse porque ambos fueron hombres de buena fe y los dos se equivocaron en su política. El primero al pensar y creer que un país recientemente independizado iba a aceptarlo como emperador, y el segundo por pretender remover los cimientos de una sólida estructura económica que no iba a permitir que nadie la cambiase. A

ese gran poder económico que condujo a Kennedy a la muerte es al que Marcela del Río se refiere como *El pulpo*, y en su obra teatral nos cuenta los diferentes motivos por los que el presidente norteamericano fue asesinado. Loable empeño el de la joven autora al escribir un teatro que rebasa las fronteras y se preocupa por un problema que no es mexicano pero que vivimos tan de cerca. Sólo que a Marcela le pasó lo que a su protagonista y al barbado archiduque de Austria, es decir, que actuó de buena fe, pero sus resultados le salieron equivocados.

El pulpo es una obra de una obviedad tal, que funcionaría en representaciones populares en la pérgola Angela Peralta de Chapultepec, porque el público sencillo tendría ante sus ojos un panorama muy claro de la política estadounidense y de la vida del presidente victimado por una monarquía que no se detiene ante nada para lograr sus propósitos; pero representada en un teatro donde se cobra veinticinco pesos el boleto, la buena fe de la autora se frustra porque el mensaje que pretende dar se pierde ante un público de pieles de mink o trajes de alpaca, y con automóvil a la puerta; público que mueve la cabeza al terminar de ver la obra y suspira: “¡Pobre Kennedy!”, para olvidarse de él y de los motivos que lo mataron en cuanto salen del teatro y se van a cenar a un restaurante de la zona rosa; público que no está de acuerdo en la muerte del estadista, pero sí en que exista ese “pulpo” que le permita pagar los veinticinco pesos del boleto. Por ello considero que esta obra jamás debió montarse en un elegante teatro, ni la autora y su esposo, otro hombre de buena fe, embarcarse en una aventura que les hará perder el poco dinero que ella como intelectual y él como el mejor violinista de México habían logrado reunir con mucho esfuerzo. Sería de desear que la Dirección de Acción Social que tan hermosa labor ha realizado en los últimos años, presentase esta obra al pueblo en las diferentes plazas públicas donde realiza sus espectáculos.

Por otra parte, también Marcela del Río se equivocó al contratar al director, un joven llamado Jorge Esma, que si bien no le falta talento, está tan lleno del incienso que él mismo enciende ante su espejo diariamente, que la vanidad opaca al talento, y por querer presentar espectacularmente un numeroso coro formado por Ku-kux-klanés, descuidó todas las demás

escenas, y así vemos en la Casa Blanca unas sillas que tienen pintado un número en el respaldo, en un lujoso bar norteamericano vemos vasos que regala un ron con el nombre del producto bien estampado, un joven maquillado como si fuese a interpretar la danza de los viejitos (Ernesto Vilches), y una juventud “desenfrenada” neoyorquina o texana que es como parodia en el Teatro Lírico. Asimismo, el director hace aparecer a Khrushchev como un payaso para que el público lo desprecie, y como al mismo tiempo tan importante personaje es interpretado por un cancionista que se siente cómico, abarata de tal modo al jefe de estado soviético que más parece una película de propaganda antirrusa. Cae luego en una cursilería deliciosa al poner como fondo del hermoso monólogo de Kennedy (lo mejor de la obra), cuando el estadista deja de serlo para convertirse en un ser humano ante su padre y explicarle sus dudas y sus angustias, una especie de Getsemaní antes del sacrificio, poner como fondo, decía, una melancólica música de violín que echa a perder el efecto buscado por la autora y convierte el monólogo en algo tan melodramático que sólo falta ver caer la nieve sobre los hombres del personaje.

No creo ni por un momento que José Antonio Alcaraz, encargado de la musicalización de la obra y que estuvo acertado en todo momento, sea responsable de ese violín propio solamente para una huerfanita que vende fósforos bajo la lluvia. Si el señor Esma se preocupó únicamente del coro de encapuchados, logró su objeto, puesto que están bien movidos, bien colocados, uniformes e impresionantes, aunque no se les entienda lo que dicen. Creo que Jorge Esma es el culpable de que este pulpo haya descendido ignominiosamente a la categoría de un calamar enlatado.

Excelente actuación la de Narciso Busquets en la interpretación de John F. Kennedy, una de las mejores tareas que ha desempeñado este primer actor del teatro mexicano. La escena del monólogo convence plenamente a pesar del violín de fondo y su diferente actuación en el anciano jardinero que al final cuida la tumba del presidente, demuestra las innegables dotes de este actor. Es lástima que en la función a la que yo asistí, un incidente en la escena lo haya obligado a salirse de situación y reírse con todo descaro sin importarles el público. Muy bien la labor de

Aarón Hernán y la de Héctor Andremar, quien lucha y casi vence su confusa dirección, y bien también Raúl Boxer en sus diferentes personajes. El señor Mario Alberto Rodríguez, ya lo dije, abarata de tal modo su personaje que lo convierte en un bufón. Es muy difícil que este cantante vuelva a encontrarse un papel hecho a su medida como aquel de *Mi bella dama*. De la escenografía de David Antón nada puede decirse, porque no existe y sólo son pequeños trastos muy mal realizados por la pobreza de la producción.

La obra de Marcela del Río merecía mejor suerte a pesar de su obviedad (el brindis de Kennedy con vodka y de Khrushchev con whisky es lamentable), porque está patente el talento de esta joven escritora que busca nuevos caminos que aparten al teatro mexicano de los problemas pequeños de solteras de provincia o de juventudes descarriadas de la capital, y por ello es lástima que su pulpo no logre alarmar a nadie.

2 de agosto de 1970

SIMPLEMENTE TONECHA

Sra. Amparo Rivelles
Teatro Insurgentes
Méjico (así, con j), D. F.

Querida Ampariño:

Nada, hija, que estamos enfadados contigo y no sabemos cómo dar principio a esta carta. Pero no hay remedio, así que ¡hala!, a escribirla y que sea lo que Dios y la Virgen del Pilar quieran. Vamos a ver, Ampariño, vidiña, pedaciño de nuestro corazón, ¿por qué coño se te ha ocurrido resucitar nuestra vieja comedia a la que pusimos por título *Dueña y señora*? ¡Rediez!, ¡pero si ya se ve más vieja que La Cibeles y que el movimiento carlista! Van a pensar las nuevas generaciones de chavales que escribíamos muy mal y que éramos unos cursis, y no, vaya, que no lo éramos, se los juramos por ésta; lo que sucede